



NUM. 53.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 14 DE AGOSTO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.

s voz comun que suele haber hombres de dos caras; pero indudablemente eso sucederá en otros países. En España son pocas dos caras para las que necesitamos; y si no, vamos á cuentas.

¿Habrá algun español á quien no se le haya caido la cara mas de una docena de veces, avergonzado ante el contraste que en muchos puntos forma nuestra patria con las demás naciones? Pues caten ustedes que

si cada vez que uno ve ciertas cosas se le cae la cara, no una docena, sino diez, necesitamos para reponer las que se nos vayan cayendo. Hay, sin embargo, preciso es confesarlo, afortunados mortales que tienen una cara tan especial y tan sólida, tan dura y poco impresionable, de tanto hueso y tan desprovista de nervios y músculos, que nunca se les cae. Estos tienen la ventaja de haber llevado siempre la misma cara; pero los que somos un tanto sensibles, á lo mejor nos encontramos con que nuestra cara se enciende, se aflojan sus resortes, y ¡zas! se nos cae sin saber cómo ni cuándo: por lo cual nos vemos obligados á llevar caras de repuesto, que nos colocamos segun las circunstancias. Para el mal tiempo necesitamos, por ejemplo, una buena cara que sea capaz de resistirlo: esta misma cara nos suele servir para los acreedores: á los deudores nadie les recibe con la misma cara que á aquellos; y para los amigos los enemigos, las mujeres, los niños, hay distintas caras segun la ocasion. De la misma manera los sucesos requieren para ser vistos caras distintas, porque, lo repetimos, ante muchos de ellos la cara de los dias ordina-

rios se cae irremisiblemente. ¿Con qué cara veremos nosotros, verbi gracia, que hasta en Oporto va á haber un palacio de cristal para las exposiciones públicas, mientras aquí, donde somos mas ricos, donde nos jactamos de estar mas adelantados y donde hace siete años se pensó y se habló y se escribió mucho del asunto, nos estamos todavía mano sobre mano? ¿Creen ustedes que hay cara que esto resista, como no sea la de aquellos hombres privilegiados que la tienen con las condiciones y circunstancias antes descritas?

Pues que los portuenses tendrán palacio de cristal antes que nosotros, es cosa ya pasada en autoridad de cosa juzgada. Formóse en Oporto una sociedad para el objeto, la cual en 14 de setiembre de 1861, es decir, cuatro años despues de haber pensado nosotros en lo mismo y de haber elegido el terreno y mandado hacer los planos, celebró un contrato con la casa de C. D. Young y compañía para la construccion del palacio. Ejecutó los planos el señor Sheilds, ingeniero civil de Lóndres y uno de los que dirigieron el palacio de Sydenham. Pero en setiembre de 1862 quebró la casa de Young y compañía; y fue preciso proceder á un segundo contrato. Ofreciendo graves dificultades la cesion de todas las obras á una sola empresa, se contrataron separadamente, dándose las obras de hierro á los señores Ormerod, Grierson y compañía de Manchester; las de madera trabajadas á máquina á los señores Eassie y compañía de Gloucester; las de loza al señor Soares da Silva de Oporto; los adornos de pintura al señor Owen Jones; la sociedad suministrará las obras de piedra y falta aun contratar las de cristal.

El edificio y jardines estarán concluidos en el presente año. De la direccion de éstos se ha encargado el jardinero paisajista de la escuela de Postdam, M. Lenné.

La sociedad que está llevando á cabo estas obras consta de 1411 acciones, de las cuales lleva recaudados hasta ahora 134.000,000 de reis ó sean unos 3.000.000 de reales próximamente: pero hay sobre 58.000,000 de reis todavía en acciones por emitir hasta componer la suma de 200.000,000 en que está calculado el coste total de las obras.

Vemos pues, que en Portugal, lo mismo que en Inglaterra, se ha seguido en este asunto el mejor sistema y el que nosotros hemos recomendado siempre: el sistema de no contar con el gobierno para nada. El gobierno tiene muchas cosas á qué atender; y como la mayor parte de ellas son, ó él las considera, mas importantes que cons-

truir un palacio de cristal para las exposiciones públicas, la construccion del palacio queda siempre postergada. Ahora bien ¿por qué los hombres amantes de su pais y que desean verle marchar á paso igual con las demás naciones, no prescinden del gobierno y hacen por sí mismos lo que quieren que el gobierno haga? Si es por indolencia, bien empleado les está que se les caiga la cara; si es porque temen aventurar su dinero, la asociacion puede hacer que las pérdidas sean cortas, aun dado caso que no hubiera ganancias.

Nosotros, pues, propondríamos, autorizados ya con los ejemplos extranjeros la creación de una sociedad para fabricar un palacio de cristal en Madrid. Esta sociedad debería crearse con el capital de 40.000,000 de reales, dividido en 40.000 acciones á 1,000 reales cada una; y antes de dos años reuniéndose un buen número de accionistas estaria hecho el palacio. ¿Quieren ustedes hacerlo asi? Pues el que quiera que avise, en inteligencia, de que si nosotros tenemos noticia de un buen número de accionistas, la sociedad se llevará á cabo inmediatamente, supuesto que el gobierno, ya que no haga nada, deje hacer y no quiera ser el perro del hortelano.

Como dijimos en la revista anterior, el 15 se inaugura el camino de hierro del Norte. La empresa ha tenido la atencion, que agradecemos, de enviar al Museo los billetes necesarios para la descripcion y los dibujos. Nuestros lectores pueden estar seguros de que la una y los otros nada dejarán que desear. Irá un dibujante de los buenos y un observador de *primo cartello*.

Madrid está entregado hace dias al *dolce far niente* porque el calor no permite otra cosa. Por el dia se descansa porque no se puede menos y por la noche se duerme, que es lo mas en que los desocupados pueden ocuparse. Luego, como la mayor parte de la gente ó ha emigrado ó emigra, no se encuentra con quién hablar: prescindiendo de que un buen callar, aun habiendo gente dispuesta á entrar en conversacion, es muchas veces preferible á todo. ¿Qué sabe uno con quién habla?

Asi, señores lectores de provincia, si alguno les dice á ustedes que en Madrid hay vida, bullicio, animacion, movimiento, contesten ustedes que no es cierto. Lo que hoy existe en Madrid son 40 grados Reaumur á la sombra; mucha gente tendida á la bartola por el dia y roncando por la noche; y todos dejando rodar la bola á donde quiera que vaya, sin cuidarse de alargar el pie lo mas mínimo para empujarla por uno ni otro lado. Madrid despide un olor á asado que se siente á distan-

don Pedro Remon y Alfaro, que empezó á trabajar en esta negociacion cuando no era posible ni decente que pudiese pensarse en ello. El cadáver de la reina Josefa Amalia, aun no habia sido depositado en el regio panteon del Escorial, cuando el enviado del rey con las instrucciones de su ministro habia llegado á Nápoles á trabajar para colocar en el trono á una princesa de aquel pais.

(Se continuará.)

J. M. G., VIZCONDE DE SAN JAVIER.

FRENOLOGIA.

LAS FACULTADES FUNDAMENTALES DEL ESPÍRITU.

Uno de los hombres mas notables que ha producido el siglo pasado es indudablemente Gall, el creador, por decirlo así, de la frenología. Aun prescindiendo de los servicios que ha prestado á la ciencia, su carácter infatigable para las observaciones hubiera bastado por sí solo para que se le considerara como un verdadero fenómeno. Es imposible figurarse las observaciones que hizo y los datos que reunió á no ser que se lean sus obras; durante veinte años estuvo en el silencio, entregado á sus trabajos de investigacion; en 1796 se presentó en Viena para tener conferencias privadas, dejando á otros el cuidado de manifestar sus nuevos descubrimientos. Gall habia conocido que su mision era hacer la obra de su vida de la esposicion de sus investigaciones y presentar al mundo el fruto maduro, en cuanto fuera posible, de la ciencia que habia creado; y así lo hizo en efecto en una edad ya avanzada, pero no lo hizo en su patria ni en su idioma, pues su obra grande se publicó en París. No trataremos de hacer aquí un resumen de ella porque esta tarea seria demasiado vasta para el fin que nos proponemos; nuestro ánimo por ahora no es mas que ocuparnos de las facultades fundamentales del espíritu.

El punto primero y principal en todo exámen del espíritu, es el conocimiento de sus verdaderas facultades fundamentales. Gall, echando una mirada retrospectiva hácia todos los que se habian dedicado á esta investigacion en los siglos pasados desde Aristóteles hasta nuestros dias, se ocupó de muchos especialmente y dió un ligero resumen de la doctrina de cada uno, demost-

trando al mismo tiempo que no hay siquiera dos que estén conformes en admitir las mismas facultades, si bien lo están en tener por facultades fundamentales á las propiedades generales del espíritu. Estas propiedades generales, que en mayor ó menor número, están consideradas por cada investigador como propiedades fundamentales, son la facultad del sentimiento, la del deseo, la voluntad, la memoria, el juicio, la atencion, la imaginacion, la libertad, etc., etc.

Todos estos filósofos, dice Gall, flotan en las nubes de una meditacion sin objeto, mostrando á sus discípulos llanuras, montes, valles, aguas y campos, haciéndoles creer que estos son los únicos objetos que se

hallan en la tierra, porque son los únicos que su vista puede distinguir desde un punto tan elevado. Si hubiesen querido descender de su altura, hubieran percibido una variedad infinita de plantas y de animales y pronto se hubieran visto obligados á desechar clasificaciones que solo permiten generalidades.

Aun cuando se admitan dos, tres, cuatro, siete ó mas facultades del espíritu, el error será siempre el mismo, porque todas estas facultades no son mas que cualidades deducidas de las facultades efectivas del espíritu. Ninguna de las facultades mencionadas denota ni un instinto determinado, ni una inclinacion, ni un talento, ni ninguna otra facultad determinada de la razon ni del sentimiento. ¿Cómo se han de poder explicar por la facultad del sentimiento, por la atencion, por la comparacion, por el deseo, por la libertad; en una palabra, por todas las generalidades, el origen y la actividad del espíritu de propagacion, el de amor á los hijos, el cariño, los talentos para la música, la mecánica, la pintura, la poesia y otras tantas cosas?

Oigamos, pues, la voz del pueblo ó de la sociedad si se trata del carácter moral ó intelectual del ser humano considerado aisladamente.

Entremos, pues, en el seno de una numerosa familia, que en cuanto sea posible, se halle abandonada á sí misma y cuyos individuos todos, vivan bajo la influencia de las mismas circunstancias. Entablemos conversacion con los padres acerca de las cualidades de sus hijos. Nuestros hijos, dicen, no son semejantes entre sí, no parecen hijos de los mismos padres, y sin embargo, comen en la misma mesa y sus ocupaciones son precisamente las mismas. Nuestro hijo mayor parece como si se avergonzara de su nacimiento; desde que vió á un hombre

con una condecoracion, miró con desprecio á sus compañeros deseando únicamente separarse de nuestro lado para ir á una gran ciudad; jamás está contento con el traje de sus hermanos; ha adoptado otro lenguaje y otras maneras que nosotros. ¡Dios sabe dónde habrá tomado esta ridícula vanidad! Nuestro hijo segundo, por el contrario, solo goza en los trabajos de la casa; es nuestro tornero, nuestro ebanista y nuestro carpintero; ningun oficio es penoso para él. Sin haber aprendido nada, manifiesta en todo una destreza y un espíritu de invencion que frecuentemente nos admira. Una de nuestras hijas no ha podido aprender jamás ni el mas insignificante trabajo de aguja, pero canta día y



DON FRANCISCO TADEO CALOMARDE.

EN LOS CAMPOS ELISEOS.



—¡Soberbio palomar, amigo mio!
—Por hoy no es palomar, sino teatro.
—Pues lo será despues; yo se lo fio.



Mas de un millon de estatuas ví en mi vida,
pero en esta ocasion por mas que miro
no encuentro ni una cara conocida.

noche siendo la alegría del pueblo entero. Ella es la que da el tono á los coros de la iglesia y en el momento en que oye cualquier música se conmueve profundamente. Apenas ha oído una canción una vez ó á lo mas dos, cuando la aprende de un modo admirable y la canta mejor que nadie; esta niña no podrá ser mas que una cantante. Tenemos otro niño que es un verdadero diablillo y el terror del pueblo; busca el trato de todo el mundo; vencido ó vencedor siempre está en pelea, no hay nada capaz de abatirle. Refiere con una vehemencia extraordinaria todas las noticias de un combate, de una batalla, y espera con la mayor impaciencia el momento en que pueda ser soldado. Su pasión es la caza y mientras mas animales mata, mas contento se encuentra. No cesa de burlarse de su hermana menor que sufre un ataque de nervios cada vez que matan una gallina ó un cerdo. Esta niña tiene á su cargo el cuidado de las gallinas; no solo á sus hermanos sino tambien á todos los animales domésticos les da mil pruebas de su tierno interés. Si hay que matar algun conejo, alguna ave, al instante le asoman las lágrimas á los ojos. Jamás despide á un pobre sin darle algo y sin consuelo; es precisamente lo contrario que otra hermana suya, que á pesar de que reza mucho, es muy maldiciente, ansiosa y obstinada y rara vez deja pasar la ocasión de sembrar la desunión entre nosotros y otras personas conocidas.

Este es el cuadro fiel de una familia labradora, cuyo carácter natural no tiene una engañadora igualdad. Todas estas personas poseen las mismas facultades de sentimiento, de atención, de comparación, de juicio, de deseo y de libertad, pero no se ha oído jamás que nadie se sirva de una ó de otra de estas espresiones en la significación general que las dan los filósofos, al tratar del carácter de un individuo.

Entremos en una escuela ó en un establecimiento de educación donde todos los alumnos están sujetos á la misma enseñanza. Entre el gran número de seres que hay allí encontraremos algunos, que aunque duramente castigados y sometidos á una estremada vigilancia, perjudican muchas veces á la salud y hasta á la moral de los demás. Los hay que roban los libros de sus compañeros, que son embusteros, falsos, cobardes, desagradados, perezosos, insensibles á las distinciones honoríficas. Entre los que obtienen los premios, uno se distingue en el estudio de la historia, otro en la poesía, otro en las matemáticas, otro en la geografía, otro en el dibujo, etc. La ambición del uno se fija en los destinos civiles, la del otro en la gloria militar; el uno se cuida principalmente de la literatura; el otro de la filosofía ó de las ciencias naturales. Ningun profesor nos designará el carácter de sus discípulos por una ú otra de las generalidades admitidas hasta aquí por los que han tratado de examinar el espíritu.

La misma prueba se puede hacer examinando una reunión de hombres; en ella encontraremos músicos, pintores, escultores, mecánicos, matemáticos, poetas, oradores, filólogos, viajeros, cómicos, generales, filántropos, astrónomos, etc. Tampoco aquí se trata de ningún modo de conocimiento, de fuerza de voluntad, de comparación, de deseo ni de libertad.

¿Cuáles son, pues, las cualidades que sobresalen ordinariamente en las vidas de los hombres célebres? Neron era el hombre mas cruel entregado á los placeres mas desenfrenados; Duguesclin era el joven mas intrépido que puede haber; Baratier tenia un talento admirable para aprender idiomas; Pascal comprendió á Euclides mejor que nadie; jamás ha llegado ciencia alguna por los esfuerzos de un hombre solo á la altura á que llegó la geografía por los de Cook; la Dumenil y la Clairon serán aun por mucho tiempo el modelo de las cómicas; Sixto V inmortalizó su nombre por la firmeza de su gobierno y por su inflexible justicia; antes del renacimiento de las ciencias Homero y Dante, eran los mayores poetas; Catalina de Médicis anunció desde muy niña un gran valor; Catalina II poseía con las gracias de su sexo, un espíritu vasto y atrevido; las gracias guiaban la mano de Praxiteles y su genio dió vida á la materia, pero en ninguna parte se verá que un hombre se haga célebre por la facultad de conocer, por la atención, por la comparación, por el deseo, por la libertad, etc.

Designaremos asimismo el carácter de los animales y diremos; este perro es mordedor, es manso, es valiente, es cariñoso, es incapaz para la caza; este caballo es bueno, es malo, es espantadizo; esta vaca es una madre excelente; diremos tambien este animal es carnívoro ó herbívoro; el castor, la mayor parte de las aves, las hormigas, las abejas, etc., tienen el instinto de la construcción; muchas aves tienen el de la emigración, el del canto, el de vivir en sociedad; la marta y el zorro son muy astutos; la gamuza es muy prudente; la urraca es ladrona; el tigre es sanguinario; el gallo es valiente y orgulloso, etc., etc.

¿En qué clase de animal ó en que animal aislado pondrán los filósofos la facultad de conocer y la voluntad de que hablan? ¿Es justo hacer el exámen de la naturaleza y del origen de las facultades morales é intelectuales del hombre y no considerar las mismas en los animales? El hombre en tanto que es un animal ¿deberá estar aislado de los demás seres de la naturaleza animada? ¿Se hallan sujetas á otras leyes orgánicas sus

propiedades y facultades que las del caballo, del perro ó del mono? ¿Ven, oyen y sienten los animales de otro modo que nosotros? ¿Se reproducen de otro modo, aman de otro modo á sus hijos, son valerosos, vengativos, astutos ó cobardes de otro modo que nosotros?

Se dirá tal vez que las facultades del espíritu admitidas por los filósofos no son sin embargo quimeras, y ¿quién negará que todas estas facultades son efectivamente actividades del espíritu? Pero son solo propiedades generales de las facultades fundamentales y no las facultades mismas; por lo tanto no son aplicables al estudio especial de una clase ó de un ser aislado; todo hombre que no es imbecil tiene todas estas facultades, mas no todos los hombres tienen el mismo carácter y la misma parte moral. Nosotros necesitamos facultades, cuya división hecha de distinto modo entre los animales marque la diferencia de las especies de estos y cuya fuerza tambien en diversas proporciones indique la diferencia de carácter de los hombres aislados. Todos los cuerpos tienen pesadez y estension en el espacio, pero no todos ellos son oro ó plata, ésta ó la otra planta, éste ó el otro animal; ¿para qué le sirven al naturalista las ideas generales de pesadez y de estension? Si nos limitásemos á estas generalidades, estaríamos aun en la ignorancia mas profunda en todos los ramos de la física y de la historia natural.

Este es precisamente el caso de los filósofos con sus generalidades; desde los tiempos mas antiguos hasta los mas modernos, no han avanzado ni un solo paso en el conocimiento exacto de la naturaleza efectiva del hombre, de sus inclinaciones y talentos, del origen del móvil de sus determinaciones. Hé aquí la causa de que tengamos tantos sistemas filosóficos como filósofos y de aquí proviene tambien esta vacilación, esta incertidumbre en nuestras disposiciones, principalmente en la pedagogía y en la legislación.

Por esta razon debemos ocuparnos, no de las propiedades generales del espíritu, sino de las facultades fundamentales efectivas, es decir, de los diferentes instintos, de las diferentes aptitudes industriales, de las diferentes inclinaciones, sentimientos y talentos del hombre y de los animales. Estas facultades son: el instinto de la propagación, el del amor que el hombre y el animal profesan á sus hijos, el de la amistad ó afecto, el de la defensa propia ó valor, el instinto de comer carne ó de destrucción, el de la propiedad y la inclinación al robo, la astucia y la prudencia, la altivez ó orgullo, la vanidad y la ambición, la prevision, la capacidad para recibir educación, el instinto de los lugares, la memoria de las palabras y de las personas, el sentimiento del habla ó talento para la filología, el de los colores ó talento para la pintura, el de los tonos ó talento para la música, el de los números ó talento para aritmética y matemáticas, la aptitud para la mecánica, dibujo, escultura y arquitectura, la perspicacia comparativa, la profundidad filosófica, la gracia, el talento poético, la bondad, el talento de imitación, la mímica, el sentimiento de la religion y de Dios y la firmeza de carácter. Estas son las propiedades y facultades que deben llamarse aptitudes morales; estas aptitudes, estas propiedades y estas facultades son las que forman el total de las fuerzas fundamentales del espíritu y de las operaciones del cerebro. Estas fuerzas son innatas en el hombre y en parte en los animales y su manifestación depende de la organización. La frenología es la ciencia que indica la situación de los órganos de estas fuerzas en el cerebro y su presentación en el cráneo.

A.

LA LEY DEL EMBUDO.

LOS JUGADORES.

IV.

Como no nos hemos propuesto escribir una novela, no es extraño que no exista ninguna relación entre los personajes y sucesos que presentamos á nuestros lectores al tratar de la aplicación de la ley del embudo.

Nuestro objeto, como hemos dicho mas de una vez, no es entretener con fábulas é invenciones mas ó menos interesantes y dramáticas en su forma, sino presentar los vicios tales como son en sí, y la manera tan diferente como suelen ser juzgados, segun la calidad de las personas que incurren en ellos.

Toca hoy salir á plaza á los jugadores.

Los moralistas han atacado siempre el juego como uno de los vicios que precipitan á los hombres por el camino del crimen.

El jugador de oficio se degrada y envilece hasta olvidar todo sentimiento de dignidad y honradez: cuando necesita dinero para saciar su pasión, llegaria hasta robarlo, si encontrase ocasión de apoderarse de unas cuantas monedas que apuntar á una carta despues. Y sin embargo, el jugador no es por lo regular avaro, ni mezquino.

Su bolsa está abierta para cuantos le piden, y no suele ni cobrar ni pagar deudas.

Es generoso hasta la esplendidez con sus amigos,

sus queridas, y aun con los que no son ni uno ni otro.

No es tanto la ambición de atesorar dinero, como el deseo de tener con qué alimentar su vicio lo que lleva al jugador á apuntar á una carta su última moneda. Por eso no suele abandonar su vida de tatur cuando se halla en la abundancia, ni cuando no cuenta para cubrir las mas imperiosas necesidades de su existencia.

El jugador vive por el juego y para el juego, y al esperar la venida de una sola ó un as, oiria con la mayor indiferencia la noticia de la destrucción de una ciudad por un terremoto, ó un incendio, ó la de la muerte de la persona que le fuese mas querida.

Para el jugador, cuando está delante de una baraja y un monton de oro, no hay otras impresiones que ganar ó perder: ni un solo momento piensa en que el dinero que gana hará falta á su contrario para comprar pan á un inocente niño, á una desgraciada esposa, cubrir su desnudez, y pagar el modesto alquiler de estrechísima habitación, ó el que pierda para librar de la miseria y la desesperación á su desdichada familia.

El jugador, antes que hermano, hijo, esposo ó padre, es jugador: su vista no alcanza una línea mas allá de la carta que espera, de la cantidad que puede ganar ó perder.

Sus ojos se dilatan, su nariz se ahueca, sus labios se entreabren, sus dientes rechinan, su cuello se estira, su fisonomía toma mil variadas formas en un solo segundo, sus manos se agitan convulsivamente y esperimienta las mas opuestas sensaciones, pasando de la alegría á la desesperación en un tiempo que no puede medirse, ni aun calcularse.

Los legisladores han creído conveniente dictar disposiciones para combatir un vicio que es germen de corrupción en la familia y hasta en el Estado, sea cualquiera la calidad de las personas que de él se encuentran contaminadas, y las autoridades han perseguido con mas ó menos empeño, pero siempre con buena intención, aunque aplicando en muchas ocasiones la ley del embudo, á los que se dedican al juego: no obstante autorizan los gobiernos uno en que el aficionado á él entra ya perdiendo el 25 por 100. Si los dependientes de esa autoridad encargados de interpretar sus órdenes han cumplido ó no siempre con su deber, y sin aplicar á los jugadores y á las casas donde los encuentran la ley del embudo, cuestión es esta que no nos atrevemos á ventilar: sin embargo, nos ha chocado alguna vez que hayan sido sorprendidos ciertos gazapones que podríamos llamar de menor cuantía, mientras que de público se hablaba de otros de aristocrática esfera, aunque no de muy aristocrática conducta.

Para que nuestros lectores comprendan bien el valor de las anteriores observaciones, vamos á presentarles el juego y los jugadores en tres situaciones diferentes que representan otras tantas esferas de las en que se mueve la humanidad.

Nos encontramos en un salon magníficamente alhajado, que puede pertenecer lo mismo á un príncipe, ó á un capitalista, que á una sociedad en que alternen y fraternicen las eminencias de la aristocracia, de la milicia, de la banca, de la política y las letras.

El espíritu de asociación hace que hoy se reúnan los hombres lo mismo para explotar una mina, construir un camino de hierro, y alimentar una fábrica, que para gozar del lujo y comodidades, que individualmente solo puede poseer un potentado, y que colectivamente se ponen al alcance hasta de las mas modestas fortunas.

Tal es la fuerza de la asociación que horada inmensas montañas, anuda las distancias, pone en comunicación los mas apartados hemisferios, y por su influencia desaparecen las diferencias sociales.

Pues lígúrense nuestros lectores, que gracias á ese principio de asociación que pone en contacto hombres y cosas, que sin él permanecerían eternamente equidistantes, reunimos nosotros en un lujoso establecimiento una porción de personas de muy distintas precedencias y posiciones sociales; pero que desde el momento en que allí entran todas tienen iguales derechos, porque se han juntado con un objeto determinado y comun, en que desapareciendo la individualidad de cada uno, se forma un todo con su carácter y representación especial á que se da el nombre de Ateneo, Círculo, Academia, Liceo, Casino, etc.

Este lujoso establecimiento, á que no queremos dar nombre, es el que elegimos nosotros como teatro para representar una escena que con variantes de escasisima importancia, se puede verificar lo mismo en la casa de un duque, ó un banquero, ó un ex-ministro ó ex-embajador, etc.

Nos encontramos, como decíamos antes, en un magnífico salon, vestidas las tapias de brocatel azul, sujeto con medias-cañas doradas. Los ángulos, friso y cornisa están perfectamente estucados, imitando mármol con caprichosas vetas de diferentes colores. El techo es completamente blanco.

Muelles alfombras aterciopeladas ocultan el pavimento de mármol blanco y negro; cómodos divanes de tela igual á la que cubren las paredes, colocados alrededor de tan lujosa estancia; gran número de butacas distribuidas sin orden, cuatro lindísimos caloríferos

que hacen al mismo tiempo de candelabros puestos en los ángulos del salón, alumbrado por una inmensa araña, varias mesas de tresillo y algunos bustos de mármol de hombres célebres de la antigüedad, colocados en pequeñas repisas doradas, forman la parte más importante del menaje de tan lujosa y *comfortable*, como se dice ahora, habitación.

En el centro de tan espacioso salón hay una mesa ovalada, cubierta con un tapete de finísimo paño verde.

Un caballero de aristocráticas maneras y distinguido porte, que lo mismo puede ser un título de Castilla, que un general, un banquero, un ex-ministro, senador ó diputado, que uno de esos seres misteriosos, que abundan en las grandes poblaciones, verdaderos caballeros de industria, que viven como príncipes sin que se les conozca profesión, ni oficio, ni rentas con que sufragar los enormes gastos que hacen, ocupa el centro de la mesa teniendo á cada lado dos lindos candeleros de plata, y delante una gruesa suma en oro, plata y billetes.

A la derecha de este caballero hay otro de maneras y porte distinguidas también, que es como si dijéramos su segundo, y á quien en términos técnicos *tahures* se denomina *grupier*.

Este personaje con aire de príncipe y orgullo de rico nuevo, es tan solo una especie de ayudante del banquero, que cobra y paga las jugadas, por lo cual recibe de su principal una cantidad diaria, que gana todo lo honradamente que puede ejerciendo una industria no sujeta hasta la presente á ninguna clase de impuesto para el fisco.

Alrededor de tan espaciosa mesa están sentados muchos caballeros, y de pie hay dos ó tres filas de mirones ó aficionados á *verlas venir*, formando todos un cuadro digno del pincel de Velázquez ó Murillo, si es que tan distinguidos artistas podrían trasladar al lienzo con exactitud las diferentes emociones de aquellas fisonomías impresionadas por el azar.

Son las dos de la madrugada y vamos á asistir á una sesión de juego en tan gran salón, ó sea á una manifestación del vicio en su más alta y aristocrática esfera.

Según hemos dicho, la escena que vamos á describir lo mismo puede pasar en el salón en que ahora la colocamos que en el del palacio de un título, un capitalista ó un gran repúblico. Con diferencia del lugar los personajes que en ella tomarán parte son casi siempre los mismos, aunque auxiliados cuando se trata de una casa particular, por algunas damas de alta alcurnia que concurren á las elevadas gazaperas, donde con la mayor finura, discreción y elegancia, se despluman muy bovinamente tan encopetadas personas.

La jugada empieza.

El banquero echa dos cartas sobre la mesa: un as y un rey.

—Me gusta el as, dice un general, y van treinta onzas.

—Quince al rey, dice un ex-gobernador.

—No me agrada ninguna, dice el marqués de...

Varios de los concurrentes apuntan diferentes cantidades al as ó al rey.

El banquero echa dos nuevas cartas sobre la mesa. Son un caballo y un tres.

—¡El tres es una gran carta! exclama un empleado en Hacienda con treinta mil reales de sueldo, pero que gasta en vivir seis mil duros al año, que han de salir precisamente del juego ó del bolsillo de sus amigos. Allá van diez onzas; porque según mi cuenta, si el tres no está en puerta, está á la segunda ó tercera carta.

Una cuenta parecida echan todos los que juegan; pero no sale nunca más que á los que ganan.

—Yo creo, dice un caballero de industria que es siempre de la opinión de los que ganan, que el caballo es seguro.

—Pues, júgueme usted, dice un solterón que heredó una pingüe fortuna adquirida por sus padres á costa de laboriosidad, economías y privaciones, y él la despilfarró en el juego y con las mujeres, después de poner cuarenta onzas al caballo.

—Ya lo creo, contesta el interpelado, si en la anterior tirada no hubiese perdido hasta mi último napoleon.

Pero me ocurre una idea: hagamos una vaca de mil reales: ya pagaré á usted los quinientos.

Y diciendo y haciendo toma un billete de cincuenta duros y le pone al caballo.

Varios de los que están alrededor de la mesa apuntan diferentes cantidades á cada una de las cartas que ya conocen nuestros lectores, y después de un momento de silencio, y cuando el banquero cree que los puntos no pondrán más dice: Juego, y vuelve la baraja.

La primera carta es un siete.

Momento de ansiedad para todos los que están alrededor de la mesa y de esperanzas para los que se interesan en la jugada.

Es preciso haber visto una mesa de juego en el instante en que el banquero está con la baraja en la mano izquierda, y coloca los dedos índice y del corazón de la derecha sobre la primera carta disponiéndose á correrla y ver la pinta de la que está detrás, para comprender la animación y expresión de las fisonomías de los

jugadores: los ojos de todos ellos son de lince y un pequeño movimiento de dedos del banquero al correr la primera carta que deja solo ver dos líneas de la segunda, esparce á un tiempo, en un instante, la alegría y el dolor, el gozo y la desesperación, en aquel grupo de fisonomías llenas de esperanzas, mustias algunas de ellas ahora por un horrible desengaño.

El banquero corre la primera carta y aparece un as.

—¡Bien lo decía yo! exclama el general, era imposible que el as no viniera. Tenían que faltar para eso todas las reglas del juego.

—Pues lo seguro era el rey, dice el ex-gobernador, y pronuncia con motivo de la venida del monarca un gran discurso, queriendo probar que la baraja y el azar se han equivocado y han faltado á todas las prescripciones del arte; porque hay que convenir, que en el juego los jugadores no se equivocan nunca; quien falta siempre es la baraja ó la suerte que se empeñó en proteger á los que no entienden una palabra de la marcha que han de llevar las jugadas.

Es curioso para el mero observador oír las disertaciones de los que pierden: su lógica y sus razonamientos serían de lo más contundente, si los hechos no demostraran que en asuntos de azar todo cálculo es inútil.

El *grupier* paga á los que han ganado y recoge el dinero de los que han perdido.

Cuando el *administrador* del banquero ha terminado su misión y se dispone á jugar el primer *entres*, un caballero alto, moreno, seco, con pelo y bigote canosos, que no ha hablado una sola palabra durante la jugada y que al parecer era un mero espectador en aquella escena, levanta el candelero de plata del lado del as, como para encender en una de sus bugias un rico habano; pero con el propósito de que se vea un billete de dos mil reales que estaba debajo, y que ha ganado.

El banquero que advierte la evolución, hace seña á su dependiente para que pague los cien duros, y cuando éste iba á dar al afortunado jugador un billete de dos mil reales, el otro ayudante que con ojo avizor venía observando al hombre de los bigotes canos dice:

—Alto. Ese billete no era del señor.

—Caballero, dice el aludido, ese billete le jugaba al as.

—Ese billete, replica el sota-banquero, le perdió usted en la jugada anterior poniéndole al caballo; pero entonces tuvo usted la precaución de encender su cigarro sin levantar el candelero.

—Eso es calificarme de estafador, y yo no sufro que nadie me insulte impunemente, dijo el jugador.

—Esto es decir la verdad, replicó el sota-banquero, y denunciar además un acto que no debe pasar en esta sociedad...

—Compuesta toda de caballeros, añadió el banquero, que...

—Y de tahures y fulleros, gritó el jugador interrumpiendo al banquero y dando al mismo tiempo un gran golpe en la mesa con el puño cerrado, que usan barajas marcadas, para estafar á los hombres de buena fe.

—Caballero, replicó el banquero levantándose, usted me dará una satisfacción del agravio que acaba de inferirme.

—Al momento, contestó el interpelado, pero antes, continuó apoderándose con ligereza de una de las barajas que estaban sobre la mesa, exijo que en el acto y por personas competentes de la sociedad incluso algún individuo de la junta de gobierno, sea examinada con detención esta baraja.

Difícil es explicar el asombro é indignación que la anterior escena produjo entre los circunstantes que se miraban estupefactos, sin acertar á dar crédito á sus oídos por las palabras que habían escuchado, ni á sus ojos por lo que habían visto.

La grave acusación del jugador, descompuso por de pronto la severidad habitual del banquero, acostumbrado á situaciones difíciles en su larga carrera de tahur; pero haciendo un superior esfuerzo, pudo dominar la embarazosa posición en que su adversario le había colocado, y aparentando una tranquilidad que realmente no tenía, dijo:

—Rechazo tan infame calumnia y la arrojo al rostro de su inventor. Que se examine la baraja.

Al silencio que entre los concurrentes produjo al principio tan desagradable é inesperada escena, siguió un rumor de disgusto, que pronto se espesó por voces de: «fuera, fuera los tahures y levanta-muertos,» hasta que uno de los muchísimos distinguidos y honrados socios que allí había, pudo hacer oír, gracias á sus buenos pulmones, las siguientes palabras:

—Evitemos el escándalo con que se sabría en todas partes la noticia de un hecho indigno de las personas que aquí nos reunimos: propongo que sin oír ni dar ninguna explicación sean espulsados del salón y de la sociedad los autores de tan repugnante falta, sin perjuicio de averiguar después la falsedad que pueda haber en la baraja denunciada, y ejercer gran vigilancia en lo sucesivo. El decoro de todas las personas que aquí estamos, no permite que se resuelva de otra manera esta cuestión.

Aceptada unánimemente la anterior proposición, el jugador, el banquero y sus ayudantes, no tuvieron otro remedio, que con las orejas bajas abandonar el local sin tratar siquiera de justificarse.

Quédese ahora para el artículo siguiente la narración de sucesos de la misma índole, aunque ocurridos en gazapones de muy baja esfera.

(Se continuará).

EL BARON DE ILLESTAS.

AMBICION Y HUMILDAD.

SONETO.

Ronco truena el cañón. ¿Dónde está el combate?
Coronas prevenid: ¡dadme un acero!
Luego al volver, en el lugar primero
Haced que el pueblo mi poder acate.

Y aquella hermosa á cuya vista late
Mi pecho, dadme y dadme ciencia!... Quiero
Glorias de amor, laureles de guerrero,
Nombre de sabio, inspiración de vate!

Pero, ¡ay, mi Dios! al ver que suspendido
Mueres en una cruz, el pecho abierto,
Para espiar mi error tu sangre dando,
Lauros, y amor, y gloria y ciencia olvidó
Y huir quisiera al Líbico desierto
Mi vida en llanto y soledad pasando!

L. G. DE MURCIA.

RUSIA EN POLONIA.

(LEYENDA.)

(CONTINUACIÓN.)

XVI.

LA JUSTICIA JUSTA.

El árbol malo no puede dar buenos frutos.
Toda árbol que no dé buena fruto, córtese y arrojese al fuego.
(Evang. Mat. 7, 18 y 19).

El jefe, que aun no había salido de su casa aquella triste mañana sin sol, sin cielo, para los hijos de Varsovia, desplegó á solas el papel oficial con celosa y también oficial solicitud, buscando, antes de leer, á Mourawieff en la firma; pero como el escrito era un fallo de justicia *justa*, dicho se está que no encontró lo que buscaba. Encontró empero, un nombre conocido, desconocido, misterioso... *El comité nacional polaco*.

El digno funcionario miró otra vez el sobrescrito y sonrió de la mistificación: sonrió, porque la sonrisa de este hombre-bestia, era la expresión facial de todo sus afectos, desde el amor... es decir, desde el celo hasta la rabia.

Después leyó:

«Gobierno legítimo, único soberano de Polonia.

»Justicia:

»Considerando que el flagicioso K. (1), actual jefe comisario de la policía de Varsovia, es reo de todos los delitos comunes, porque ninguna ley política autoriza el asesinato, el estupro, el despojo, el infanticidio y demás deshonorosos crímenes que él se permite, sin ningún respeto á la vida privada y con pasmoso escándalo de la conciencia pública;

»Considerando que el precitado reo está convicto y confeso de todos estos crímenes de que Polonia lo acusa; convicto por el testimonio unánime de todos los hombres honrados y confeso por su propio cinismo;

»Considerando, en fin, que condenar á ese monstruoso reo es volver por la honra de la humanidad escarnecida, enaltecer la santidad de la justicia hollada y dar á la vindicta pública la satisfacción que imperiosamente está exigiendo;

»El gobierno legítimo, único soberano de la nación polaca, constituido en tribunal de justicia por este su decreto,

«Falla:

»Que debe condenar y de hecho y de derecho condena á muerte vil á K., actual jefe comisario de Varsovia, reo convicto y confeso de asesinato, de estupro, de despojo, de infanticidio, de alevosía, de sacrilegio... de monstruosidad.

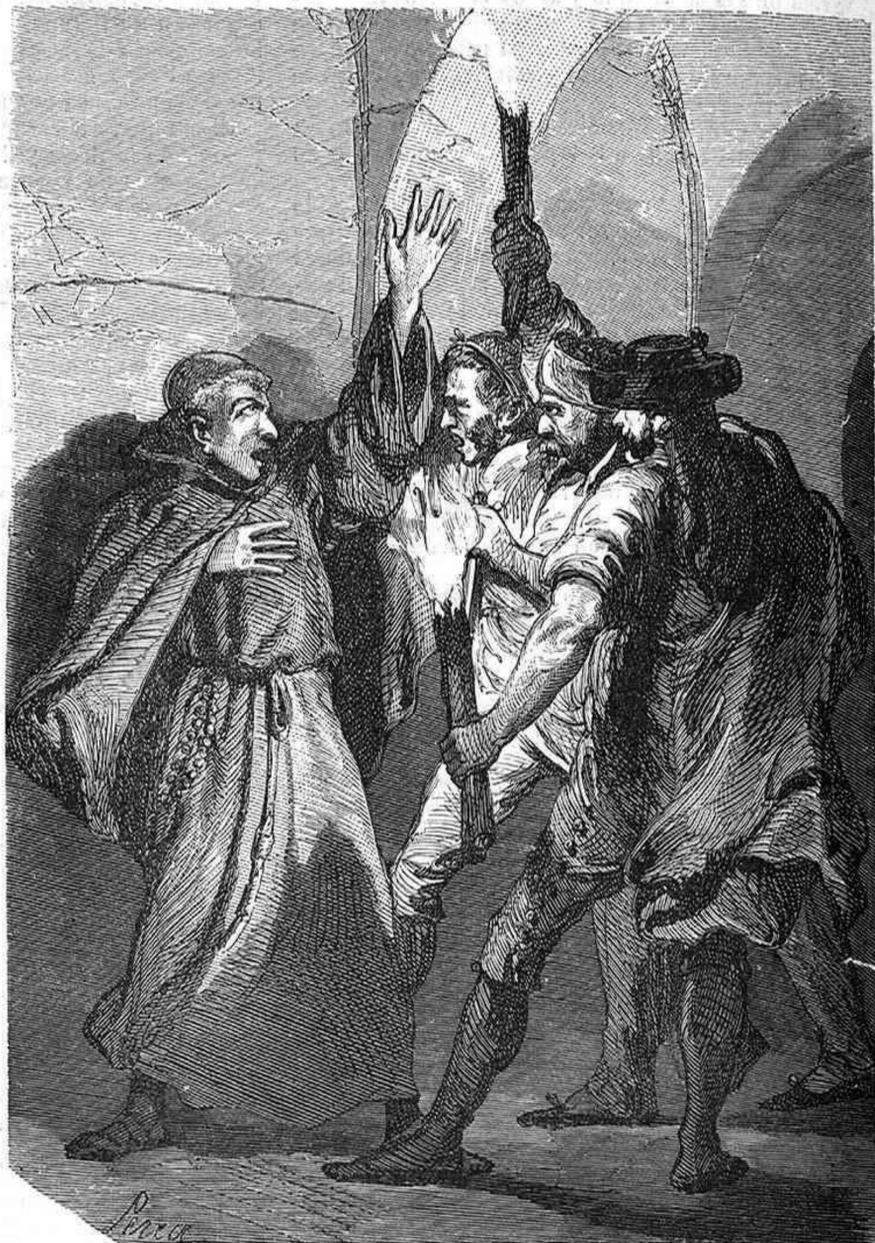
»El gobierno nacional polaco.»

El condenado sonrió, según costumbre; pero el papel se agitaba en su mano diestra ó siniestra, con ese movimiento leve, igual é involuntario, que puede observarse en sí mismo cualquiera que sonriendo y todo, no esté lo que se llama tranquilo. El mismo condenado lo observó, y corriendo ó corrido, dejó el papel de la mano.

Cargó entonces su pipa, rasgo característico que completaba su fisonomía, y chupándola ahora con cierto sabor amargo, se paseó vagamente de aquí para allá, pensando.

Ese misterio de astutos conjurados, especie de vapor

(1) Omitimos el nombre, por ser tan kakofónico, que es *inescribible*.



LAMINAS DE LUZ Y SOMBRA.

aéreo que vaga en aquella atmósfera, condensándose aquí como una nube, desvaneciéndose allá como una niebla, condensándose otra vez donde parece el sol mas despejado, para fulminar desde su hirviente seno, oscuro, caliginoso, la electricidad de un rayo sin detonacion; esa misterio, esa atmósfera de hombres, que un químico llamaría en su tecnicismo *incoercibles* y el polizonte en el suyo *inagarrables*; el gobierno revolucionario, en fin, era un fenómeno muy curioso, para que el comisario, aunque sucio, dejará de pensar en él.

¡Arduo problema! ¡Problema de enrevesados términos en la aritmética penal de este tercer Pilato; tercero y no segundo, porque hay un Mourawieff! Porque la X fuera P, diera el *resolvidor* sus dos orejas. No fuera poco dar; pues en esto de oír, nuestro hombre tenía grandísimas facultades. Pero no pudiendo, b'en á despecho suyo, hacer el cambio de signos, requirió su revolver, luego su puñal, luego su daga, que se escapaba rápidamente de su baston de autoridad; plegó bajo su propio sobrescrito el papel oficial de su sentencia, y guardándolo con respeto, en su cartera-souvenir, misterio de geroglíficos, cuya traduccion pudiera hacer su proceso, partió en direccion del pretorio á dar parte á Mourawieff y á tomar su vénia, para lo que se dirá en el capítulo siguiente.

XVII.

LA VÉNIA.

En un pueblo grande no será conocido...

No digas: de Dios me esconderé.

(Ecles. 16, 17 y 16.)

Para obtener la vénia que resueltamente fué á solicitar cerca de Mourawieff, tuvo el sicofanta que empezar por darle parte del hecho; y lo dió entero, leyendo él mismo su propia sentencia de muerte.

Después de la lectura, que el condenado oyó con toda la resignacion del que no teniendo cielo que mirar, busca sombras para huir, el general votó á Dios, dando á puño cerrado un golpe sobre el pupitre.

El comisario, temiendo al general mas que á Dios, no votó á recio; pero en secreto hizo rodar á todo el empuje.

Y callaron.

Pensaban.

¿Qué?

No lo decian. Pero el pensamiento, como un líquido de color, salió por infiltracion á aquellas dos tan deprimidas frentes, acutángulas, estúpidas. La frente del polizonte se manchó de verde como si sudara hiel; la frente

del general se manchó de rojo, como si sudara sangre — ¡Qué tales escándalos ocurran en la esfera de mi mando! dijo Mourawieff, rompiendo el silencio y el pupitre. Y ¡quiere ser libre un pueblo tan salvaje que acepta por gobierno legítimo, único soberano, ese centro de anarquía!

— De despotismo, dijo el condenado, rectificando con despecho.

— ¡De anarquía! gritó el general manteniendo su juicio. Pero yo restableceré el orden, añadió con absoluta confianza de sí mismo. Yo haré respetar el principio de autoridad. Yo ahogaré en sangre polaca esas palpaciones rebeldes; rebeldes, porque se usurpan al poder legítimo, al soberano legítimo, al czar legítimo; porque, ó no hay mas czar que el czar...

(Y Mourawieff, su profeta, parece que dijo entre dientes.)

Ni un vástago, continuó, ni un vástago ha de quedar de esa raza de viles conjurados; porque yo la borraré de la tierra hasta la quinta generacion ¡Sangre! sí, sangre de hombres, de mujeres, de niños, de toda Polonia A este resultado conduce la libertad patriótica de esos revolucionarios socialistas, comunistas... garibaldistas. ¡Prendedlos!

(Se concluirá en el próximo número.)

CECILIO NAVARRO.

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

LUZ Y SOMBRA

(HISTORIA DE UN HIJO NATURAL.)

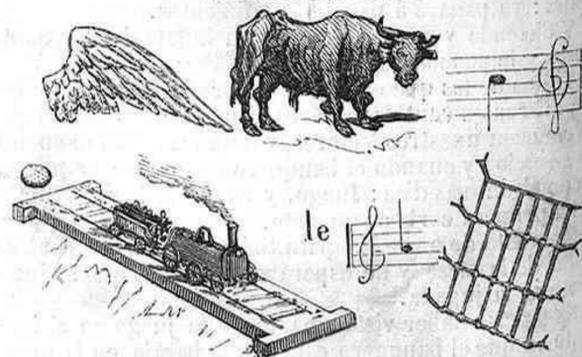
NOVELA ORIGINAL

DE

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Se ha publicado la entrega 27 de esta interesantísima novela. El señor Fernandez y Gonzalez adquiere cada dia mas títulos como ingenioso é inspirado novelista al aprecio y á los elogios de los contemporáneos. La novela se publica además adornada de gravados tan bellos como verán nuestros lectores por las muestras que insertamos. Se suscribe á esta preciosa novela en los mismos puntos que á EL MUSEO UNIVERSAL.

GEROGLÍFICO.



La solución de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE. D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.